

## CAPITAL SOCIAL Y DEMOCRACIA: el caso argentino

Maria Cristina Rcigadas

### Resumo

Contra uma visão monológica do capital social, este artigo afirma que a participação solidária e a geração de confiança requerem que se reconheça o outro enquanto outro, ao mesmo tempo em que se aprenda a ser um outro para si mesmo. Por essa razão fala de capital social em termos de associação e vínculos entre atores e grupos sociais heterogêneos que lutam para construir formas generalizadas de reconhecimento, em lugar de abordar a formação do capital social em termos de aglutinação de indivíduos semelhantes e grupos homogêneos reforçando seus laços particularistas. Busca, portanto, pensar a reconstrução do laço social em sua dimensão estrutural (capacidades e modalidades associativas, redes, etc.), relacionando-a às atitudes, valores e normas de confiança, respeito, compaixão e solidariedade que instituem a democratização social e política da vida comum.

### Palavras-chave

Capital social. Sociedade civil. Reconhecimento mútuo. Vida democrática. Laços comunitários.

### SOCIAL CAPITAL AND DEMOCRACY ; the Argentinian case

### Abstract

Against a monological vision of social capital, this article states that the solidary participation and the building of trust require the recognition of the other in one another, while learning to be another for oneself at the same time. For this reason, it talks about social capital in terms of association and bonds between actors and heterogeneous social groups who struggle to build widespread forms of recognition, instead of approaching the formation of social capital as the agglutination of similar

**Maria Cristina Reigadas**

individuals and the reinforcement of bonds within a homogeneous group. It searches, therefore, to think the reconstruction of social bonds in its structural dimension (associative capacities and modalities, networks, etc.), relating it to attitudes, values and norms of trust, respect, compassion and solidarity that institute the social and political democratization of common life.

Keywords

Social capital. Civil society, Mutual recognition. Democratic life. Communitarian bonds.

A diferencia de las otras formas de capital que se consumen con su uso, es la única forma de capital que cuanto más se usa más crece.

Albert Hirschman

El postindustrialismo y la economía posfordista, la fragilidad del Estado Nacional, la crisis del Estado de Bienestar y de los modelos de desarrollo y ciertos rasgos de la cultura posmoderna han producido profundas consecuencias para la ciudadanía en las sociedades contemporáneas. En una amplia gama de sociedades se detectan los efectos del individualismo egoísta, de la mercadización y de la privatización de los beneficios que amplían la brecha económica entre grupos sociales y naciones e intensifican la exclusión.

En este contexto se observan paradojas y tensiones entre el renacimiento de las asociaciones y de las actividades ciudadanas y la creciente apatía política, desmovilización social y descompromiso cívico. Si por un lado se observa la declinación de lo que los científicos sociales han llamado capital social (a saber, la inversión en actividades públicas), por otro, nuevas formas de ciudadanía social, expresada a través de nuevos movimientos sociales, asociaciones voluntarias y filantrópicas, clubes de trueque, grupos vecinales, etc., constituyen un significativo intento por reconstruir la sociedad civil, muchas veces sobre la base de combinar principios bienestaristas y de mercado.

El debate sobre capital social - e incluso su mismo concepto - es de reciente data y, a pesar de que se ha desplegado principalmente en el terreno de las ciencias sociales. Sus núcleos conceptuales remiten a la

tradición de la filosofía práctica (especialmente de la ética y de la filosofía social) y están estrechamente vinculados con la autocomprensión moderna de lo social que parte de la experiencia de la disociación y ruptura de los lazos comunitarios.

Justamente la reconstrucción y legitimación del lazo social constituyen los núcleos duros de las teorías del capital social que, más allá de sus divergencias y tensiones, deben dar cuenta de dos tipos de cuestiones: las estructurales (capacidad y modalidades asociativas, organizaciones, redes, etc.) y las relativas a la legitimación de las actitudes, creencias, valores y normas (confianza, respeto y reconocimiento mutuo, tolerancia, compasión, solidaridad, etc.) encarnados en las prácticas y rutinas que orientan la acción cooperativa, que incluye beneficios económicos y la democratización social y política.

En el debate del capital social se ponen en juego, una vez más pero en el momento de la crisis de la modernidad, de sus sujetos e instituciones, las relaciones entre lo social y lo político. Es por ello que su problemática constituye un verdadero desafío para la construcción de una nueva alianza entre ciencias sociales, filosofía y humanidades. En este trabajo me propongo reflexionar sobre la relación entre la formación de capital social (asociatividad, reconocimiento mutuo y confianza) y democratización social y política en la Argentina. Me guían básicamente dos interrogantes: ¿retorna la sociedad civil o declina el capital social? Y en el caso de que el retomo de la actividad ciudadana promueva el enriquecimiento del capital social, ¿debe entenderse éste en términos de una auténtica democratización de la vida social y en un aporte sustantivo a la democracia política? Finalmente, haré hincapié en los fenómenos de radicalización de la crisis social y política a partir de diciembre de 2001 y referiré estos acontecimientos a la peculiar historicidad de nuestra cultura política,

## 1 El concepto de capital social

El concepto de capital social es utilizado por primera vez a principios del siglo XX, pero es recién con Pierre Bourdieu y James Coleman (en los '80 y '90) que cobra significación teórica y práctica. Una prueba del incremento del interés por la construcción de capital social y

por sus efectos en los asuntos comunitarios es el crecimiento exponencial de las comunicaciones. Y artículos publicados al respecto: de 20 artículos en 1981 a 1.003 en 1999.<sup>1</sup> Aunque no todo el trabajo académico producido en el área asume el concepto de "capital social" (hoy está demasiado identificado con la obra de Robert Putnam<sup>2</sup>) hay un gran número de destacados científicos sociales que han contribuido a constituir un campo de investigación, en el cual coexisten las perspectivas neodurkheimianas, tocquevillianas e institucionalistas conjuntamente con las teorías de la decisión racional y los teóricos críticos de la sociedad civil.

Lejos se está, sin embargo, del consenso en la apreciación misma del concepto: hay quienes ven en él una nueva moda teórica y/o un concepto omniabarcativo y omniexplicativo, doblemente funcional al liviano transcurrir de la cultura posmoderna y a la no tan liviana necesidad de legitimación del sistema requerida por los organismos internacionales. Sin incurrir en la inconveniencia de tirar al río junto con el agua sucia de la bañera ni dejar de advertir - como ya lo han hecho otros - el lado oscuro del capital social, sin ánimo, tampoco, de recaer en ninguna mistificación respecto de su potencial teórico-práctica, considero interesante y útil adentrarse en un campo diverso, multidimensional y transdisciplinario que asume, como punto de partida, la reestructuración de las relaciones entre sociedad civil, Estado y mercado a partir de la actividad de asociaciones, organizaciones y redes sociales que reconstruyen los lazos sociales en términos de cultura y compromiso cívico.

El concepto de capital social nos remite a las viejas cuestiones de la ética y la sociología referidas al fundamento de la vida social y al significado de la vida en común. Enlazado con la cuestión del bien público, del bienestar y de la vida democrática, el concepto de capital social nos plantea estimulantes interrogantes respecto de sus rendimientos teórico-prácticos del concepto y del campo problemático por él abierto. Entre ellos: ¿Cuál es el núcleo del capital social, la capacidad asociativa o las

---

<sup>1</sup> CC. Pharr y Putnam (2000).

<sup>2</sup> Cf. las tesis de Robert Putnam sobre la declinación del capital social en los EEUU (PUTNAM, 2000) y las investigaciones realizadas por Putnam y otros autores en cinco países europeos, Australia y Japón (PUTNAM, 2002).

normas y valores que legitiman dichas prácticas? **¿Es** el capital social una propiedad de los individuos o de los grupos? **¿O** de ambos? **¿Se** acrecienta o devalúa con el uso? **¿Desaparece** o se transforma? **¿Es** un stock o un flujo? **¿Es** el nexo entre lo micro y lo macrosocial, entre la estructura y la cultura? **¿Es** su producción endógena o exógena? **¿Se** construye desde abajo o desde arriba? **¿Cómo** se accede a él? **¿Qué** es lo 'público' del capital social? **¿Incluye** la acción en esferas privadas? **¿Cuáles** son las distintas formas de construcción del capital social? **¿Cuál** es la relación entre tipos de asociaciones civiles y tipos de capital social movilizado (lazos familiares, vecinales, de afinidad política, religiosa, etc.)? **¿Es** una herramienta de resistencia frente a la retirada del Estado o resultado del empoderamiento de la sociedad civil? **¿Cuál** es la relación entre la posición del actor en la estructura de poder y de privilegios y la generación de capital social? **¿Cuáles** los vínculos entre pobreza, nación, etnicidad, religión y género en la formación del capital social? **¿Es** condición o efecto de una sociedad democrática? **¿Cuál** es la relación entre historia y tradiciones culturales (local, nacional, regional, etc.) y capital social? **¿Cuál** es el impacto del clientelismo político en su construcción? **¿Y** de la burocracia estatal? **¿Puede** construirse el capital social mediante estándares profesionales y de mercado? **¿Puede** promoverse y aprenderse? El capital social construido en un ámbito o campo **¿puede** utilizarse en otro? **¿Cuáles** son los rendimientos del capital social intragrupal y extragrupal y cuáles son sus conexiones? **¿Cuál** es la autopercepción y autorepresentación de los participantes en las asociaciones y redes respecto de su contribución al capital social? **¿Y** a la reproducción y/o transformación de la sociedad? **¿Puede** coexistir un alto desarrollo económico y social y un bajo capital social y a la inversa? **¿Estimula** el capital social el desarrollo económico y el compromiso ciudadano? **¿Hay** un lado oscuro del mismo? **¿Cuáles** son sus indicadores y sus efectos? **¿Es** una variable independiente o dependiente?

Finalmente la cuestión del capital social reactualiza la dimensión ética de las prácticas sociales. Quizás este último orden de problemas sea el que imprima densidad teórica e interés práctico al concepto, dada la infrecuencia de asumir la centralidad de la ética en el análisis de los problemas sociales y políticas.

## 2 El retorno de la sociedad civil y el debate sobre capital social

Si bien el debate sobre capital social se ha iniciado en el mundo anglosajón, en relación a la obra de ya citado Putnam, hay que señalar que actualmente constituye un campo de investigación en el cual participan otros destacados científicos norteamericanos, europeos y de otros países desarrollados, como Japón y Australia.

En Iberoamérica<sup>3</sup> el debate sobre capital social se ha desarrollado en relación a los efectos de las políticas económicas neoliberales, de la declinación del Estado y de la crisis de representatividad de la política y los políticos. Como respuesta a esta situación ha resurgido la actividad de la sociedad civil, a través de la acción de nuevos movimientos sociales (fundamentalmente vinculados a la defensa de derechos humanos, identitarios y ecológicos), de la expansión y reconversión de la actividad voluntaria y filantrópica, del desembarco y multiplicación de ONGs regionales, internacionales y transnacionales, de la reactivación de las organizaciones de base y de la creación de otras nuevas, como los clubes de trueque y las organizaciones piqueteras y finalmente, a partir del 2001, la emergencia de asambleas populares.<sup>4</sup>

Pero la sociedad civil retorna<sup>5</sup> bautizada ahora como tercer sector. Evelina Dagnino ha señalado el sentido ideológico y político de ciertos desplazamientos semánticos: de pueblos a sociedad civil y de ésta al tercer sector. de los viejos y nuevos movimientos sociales a las asociaciones

---

<sup>3</sup> Podemos mencionar, entre otras, las contribuciones de Bernardo Kliksberg, Luciano Torralba y Norberto Lechner sobre capital social, de Carlos Forment, Roberto Distéfano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Moreno, sobre historia del asctecionismo en Latinoamérica y en la Argentina; también en Argentina las investigaciones de CEDES y FLACSO sobre asociaciones voluntarias y de GADIS sobre capital social. de José Luis Coraggio sobre empresas sociales; en Brasil, Leila Landim sobre asociaciones voluntarias y Paulo Henrique Martins, sobre temas de economía solidaria y popular; también sobre economía popular A. Ponocarrero en Perú; Rodrigo Villar en Colombia y Adela Cortina, Enrique Alouso, Ariel Jerec, Domingo Moratella y Antonio Villarroya en España.

<sup>4</sup> En enero y febrero de 2002 dos de cada diez argentinos concurren a alguna reunión vecinal o de protesta. Ver PNUD/Argentina, (2001, p. 147).

<sup>5</sup> Hay que ubicar el origen del retorno en las transiciones a la democracia en Latinoamérica en la década del '80 y en los movimientos sociales de Europa del Este, luego de la caída de la URSS.

voluntarias y ONGs, de la solidaridad a la filantropía, de la participación popular a *management* y gestión." Sin duda estos desplazamientos coinciden con los intentos de disciplinar el campo popular y las acciones colectivas de grupos sociales autónomos, especialmente mediante la dislocación del recurso solidaridad a través de la utilización de los recursos sistémicos dinero, poder y tecnocimiento.

Pero más allá de la legitimidad de la polémica acerca del nombre, la sociedad civil no es ni el Estado ni el mercado; tampoco el dinero y el poder sus recursos propios, aunque deba permanentemente entenderse y negociar con ellos. Si bien no hay consenso respecto de su significado (¿se trata de la democratización de la sociedad, de la redefinición de sus relaciones con el Estado, de una innovación política?), la cuestión del retomo de la sociedad civil desplaza al Estado y al mercado en cuanto centros de gravitación de la vida social, aun cuando tanto descentramientos como recentramientos sean efecto de sus respectivos abandonos y compromisos con el bienestar.

Es la progresiva irrelevancia de la gente (en términos de Manuel Castells) lo que, paradójicamente, lleva al retomo de la sociedad civil y a la constitución, fragmentada, plural y desarticulada, pero emergente, al fin, de la sociedad civil que no se resigna a constituir un espacio residual, 'mero' ámbito de la vida privada, objeto pasivo y heterónimo de las políticas públicas, económicas y sociales (o de su ausencia), sino que intenta recuperar protagonismo para sí, mediante la construcción de un ámbito de acciones sociales reguladas por códigos simbólicos normativos propios (respeto, reconocimiento mutuo, confianza, etc.) y recursos propios de intercambio (participación solidaria). Este espacio de lo social que emerge de los mundos de la vida (re)define paulatinamente las relaciones entre lo público y lo privado y configura el ámbito de lo público privado o lo privado social.<sup>8</sup>

En cuanto al desarrollo del debate en la Argentina, es aún incipiente, aún cuando hay un creciente interés por el mismo, acentuado por la gravedad y persistencia de la crisis socioeconómica. Dicho interés

---

<sup>6</sup> DAGNINO, Evelina. Comunicación presentada al Congreso ALAS, Texas, mayo 2003. Manuscrito. Agradezco a Rodrigo Villar que me facilitara el borrador de la mencionada comunicación.

<sup>7</sup> Estas preguntas se las formulan Jean Cohen y Andrew Arato (1992).

• Ver Pierpaolo Donati (1999).

se ha manifestado en múltiples iniciativas académicas y de políticas públicas en las que convergen organismos públicos nacionales e internacionales, organizaciones privadas, universidades y empresas, cuyos objetivos están relacionados con las políticas públicas y los intereses éticos, en particular ligados al estudio y eliminación de la corrupción, a la promoción de la transparencia y la *accountability*.

Sin negar las dificultades empíricas para encarar el estudio del sector debido al déficit, superposición, fragmentación y falta de actualización de listados, estadísticas y en general datos sobre la vida asociativa en nuestro país, se observa un incremento de encuentros académicos y de publicaciones sobre el resurgimiento de la sociedad civil y el capital social ligados al aumento de la pobreza y la exclusión social, la formulación de políticas públicas, la situación de la democracia y la redefinición del rol del Estado.

Por otra parte y a fin de no incurrir en el viejo círculo vicioso del pensamiento latinoamericano que niega la propia historia (por deficitaria), postula empezar de cero y finalmente echa mano a modelos y construcciones teóricas originadas en y apropiadas para otras historias y situaciones sociales, es necesario vincular la cuestión del tercer sector y del capital social con los anteriores debates en Argentina y Latinoamérica sobre construcción de identidades colectivas, cultura cívica y política democrática.

Así, por ejemplo, hay que revisar críticamente los dos últimos debates de ideas generados en nuestro medio: por un lado, el de la transición democrática que en la década del '80 subrayó el retorno de la sociedad civil y la emergencia de nuevas ciudadanías (particularmente a través de los nuevos movimientos sociales) y la construcción de una cultura pública que debía redefinir la política y el Estado sobre la base de un nuevo contractualismo democrático. Por otro, el de la globalización, que alejó las ilusiones de que con la democracia se come y dejó expedito el camino para el cinismo político y la simbiosis del dinero, el poder y la corrupción como medios y principios rectores de la vida social.

Pero mientras que en la década del 80 el reaseguro del cambio fue puesto en los aspectos político-institucionales de la vida social y en los '90 en el achicamiento del Estado y en el triunfo irrestricto del mercado, hoy se acentúa la dimensión ético-cultural de la vida comunitaria, por cuanto constituye el humus y el cemento del lazo social. De este modo se

jerarquiza la cuestión de los valores, históricamente desprestigiada por las ciencias sociales y comienza a analizarse el rol de la reciprocidad y de la confianza mutua que, en cuanto medias informales de coordinación social, constituyen fundamentos insoslayables del funcionamiento de la economía y de las instituciones políticas (OFFE, 1999).

Se ha avanzado, sin duda, al reconocer el carácter no sólo prescriptivo sino esencialmente constitutivo de la ética en la vida social. Sin embargo, no se ha podido evitar que la sobreabundancia de discursos moralizantes tanto como la proliferación de oficinas y comités de ética, foros e iniciativas hayan operado como *boomerangs*, neutralizando y/o **domesticando** el potencial crítico de la problemática ética. Casi convertido en moda, el discurso moral se ha desarrollado dentro de los límites de la exaltación tradicional de los valores, normas y códigos para el ordenamiento social y del descubrimiento de su valor agregado, por cuanto se ha advertido que la promoción de ciertos valores (como, por ejemplo, la confianza) constituye *tambi én* un problema de optimización de recursos, al eliminar al sistema de sobrecargas innecesarias.

Volvamos a nuestras preguntas iniciales respecto del significado (ahora ético) del retomo de la sociedad civil y/o de la declinación del capital social. Es en este punto en el cual conjeturas, datos e historia deben enlazarse a fin de iluminar la problemática actual. En primer lugar, la tesis del retomo prioriza en principio el triunfo de la confianza, de la participación solidaria y del compromiso cívico, mientras que la cuestión de la declinación del capital social apunta en sentido contrario. Con todo, ambas visiones se entrecruzan confusamente en los medios masivos de comunicación, en el ciberespacio y en las encuestas que expresan la opinión de funcionarios, participantes y líderes de ONGs, intelectuales, académicos y gente del común.

La visión del **retorno** reactualiza las viejas tesis sobre nuestros valores esenciales y nuestra (histórica) capacidad comunitaria de reacción solidaria frente a las calamidades naturales y sociales (en este caso, la defección del Estado) y/o de luchas combativas por los derechos perdidos o vulnerados. Esta visión apela tanto al renacer de nuestros valores tradicionales como a la resignificación de nuevas utopías y a la construcción de potenciales movimientos revolucionarios, siendo los acontecimientos de diciembre de 2001 (y posteriores) la piedra de toque de ambas interpretaciones.

La visión de la *declinación*, por su parte, suele vincularse con los efectos socioculturales del modelo económico neoliberal: el auge de valores vinculados a la competencia irrestricta de mercado, la declinación del Estado en sus funciones de seguridad, protección y bienestar, el retroceso en cuestiones de justicia institucional y social, el afianzamiento de la corrupción estructural y de las prácticas clientelísticas, corporatistas y mafiosas han contribuido, sin duda, a la apatía política, la desmovilización social y la indiferencia, debilitando los lazos solidarios y estimulando el crecimiento del egotismo individualista y de una concepción privatizada de la vida social.

Por cierto que no hay univocidad a la hora de proporcionar interpretaciones – mucho menos explicaciones – del retomo y de la declinación. Pero esta falta de univocidad no obedece al razonable conflicto de interpretaciones producto del pluralismo teórico e ideológico sino de las inconsistencias presentes en un mismo discurso, una misma interpretación, una misma teoría, provengan éstos tanto de la vida cotidiana como del mundo académico.

Ambas tesis, además, tienen la virtud de echar mano a viejas prácticas intelectuales, como la de reinterpretar los fenómenos en función de mandatos teórico-ideológicos. En este caso se sostiene, con independencia de pruebas empíricas o argumentativas, la histórica continuidad entre nuestras [tradicionales] reservas morales, nuestra (moderna y progresista) solidaridad y nuestro actual stock de capital social, cuya posesión constituiría una verdadera ventaja comparativa en relación con otros pueblos más afortunados en lo técnico-económico (retoma, como vemos, el fantasma de Rodó) pero **carentes** de nuestro espíritu solidario y cooperativo. Sin embargo, las actuales investigaciones de Putnam y de Inglehart (Encuesta Mundial de Valores) parecen desacreditar la tesis de que donde no brilla el bienestar económico y las prácticas democráticas puede sin embargo brillar el capital social. Estas investigaciones muestran, por el contrario, que el capital social está distribuido por patrones predecibles en función de las tradiciones culturales y la historia de cada región y que hay una correlación entre los niveles de desarrollo y de capital social.

Otro argumento a favor del retomo constituye el aumento del tamaño del sector. En relación a esta cuestión, hay tres mitos por desenmascarar: 1) el que sostiene la correlación entre aumento del tamaño y participación (el Informe sobre Desarrollo Humano en la Argentina, de 2002, muestra lo contrario), 2) el que vincula aumento del tamaño con el incremento de su autonomía y 3) el que vincula el aumento de **tamaño** con el achicamiento del Estado.

En relación a la primera cuestión, hay que señalar que buena parte de dicho crecimiento ha sido forzado por la retirada del Estado y que las asociaciones han debido ampliar sus actividades más allá de sus objetivos específicos a fin de cumplir con los objetivos generales de cooperación y ayuda social. Muy especialmente las organizaciones de base, al no contar con miembros ni subsidios, ni poseer vínculos con el Estado ni con otras organizaciones, ni capacidad para resolver autónomamente sus necesidades, han debido vincularse con ONGs, que por su acceso a la información y a los centros de decisión compiten por los subsidios del Estado (que muchas veces también paga a sus staffs), constituyéndose en intermediarias que terciarizan los servicios del Estado, proveyendo bienes materiales, asistencia técnica, capacitación, etc.

En este sentido, las relaciones entre gobierno y asociaciones son muy complejas y no hay evidencia de que el Estado haya disminuido el gasto público, sino más bien efectuado una redistribución de gastos y tareas, entre las que hay que incluir, por su importancia, las relativas al monitoreo de las actividades de dichos organismos.

---

<sup>9</sup> La estructura del sector es dual en nuestro país: por un lado, están las organizaciones tradicionales de caridad y otras **más** formales vinculadas con élites económicas y sociales (sociedades de membresía) que en muchos **casos** tienen la capacidad **organizativa** suficiente como para establecer sus propios vínculos con las empresas y el Estado y que generan parte de sus propios recursos. Por otro lado, están las organizaciones de base y las ONGs que muchas veces las sostienen mediante asistencia y capacitación técnica, por tener acceso a la información, capacidad para crear vínculos y redes con otras organizaciones nacionales e internacionales y acceso a la competencia por los subsidios de los Estados y de los organismos internacionales. De este modo, además de consurgir en intermediarias **entre** los grupos de base de la sociedad civil y el Estado y de actuar *globalmente*, influyen decisivamente en las políticas públicas y en la agenda de las cuestiones sociales, generando, en muchos casos, nuevas clientelas en las organizaciones de base que responden a sus pautas de *expertise* técnico-administrativa.

Si bien ninguna de estas actividades en sí mismas (terciarización, monitoreo, etc.) implican restricciones a la autonomía y supuestamente deberían contribuir a aliviar al Estado en la administración de las políticas públicas, en los hechos y dado el contexto histórico-social de la Argentina, no han podido escapar a las ya mencionada prácticas clientelísticas y corporatistas.

Por último, hay que echar una mirada crítica al mito fundamental que organiza al sector: la creencia indubitable de que las acciones de las asociaciones civiles están signadas por la participación, confianza y solidaridad. En relación a esta cuestión, hay que distinguir entre retóricas discursivas y prácticas efectivas, tanto como la calidad y el tipo de valores que éstas realizan. Así, por ejemplo, las asociaciones voluntarias tradicionales o más formales se guían más por los principios de caridad y filantropía que por la necesidad de construir confianza reflexiva. Por su parte, en las ONGs se privilegia la eficacia de las técnicas de gestión, sin considerarse que la participación directa y la comunicación interpersonal sea imprescindible; por último, en las organizaciones de base se privilegia cierto carácter vocacional y salvífico del voluntariado que se cuasi naturaliza en términos de don, y se privilegian los lazos de tipo primaria, las analogías con la familia, las relaciones basadas en la confianza que facilitan los lazos directos, de carácter amistoso, familiar o vecinal.

Lejos se está, en los tres casos, de generar confianza mediante un proceso intersubjetivo de construcción reflexiva que, sin eliminar emociones ni sentimientos, asume como punto de partida la complejidad y el riesgo de la vida social contemporánea que requiere asociarse con extraños, a fin de construir puentes entre organizaciones distintas (reciprocidad generalizada) y vínculos no clientelísticos con aquellas personas e instituciones que tienen acceso a los recursos y al poder.

### 3 Democracia y capital social en la Argentina

Veamos qué nos dicen algunas encuestas e investigaciones sobre las condiciones ético-culturales de la vida social de los argentinos.

Mientras que algunas muestran la vigencia de nuestro espíritu solidario y democrático", otras<sup>10</sup> ratifican los datos de la Encuesta

---

<sup>10</sup> PNUD Argentina, Informe sobre Desarrollo Humano, 1999.

Mundial de Valores (WVS) de los '80 y del '91: el bajo índice de capital social de la Argentina que resulta de la conjunción entre la escasa participación de sus habitantes en organizaciones sociales (menos del 20% de la población) y el bajo índice de confianza en personas e instituciones (sólo el 23% de la población confía en sus compatriotas y aumenta considerablemente en relación a los poderes públicos). ¿Qué es lo que buscan los argentinos a través de su participación en nuevos y viejos movimientos sociales, asociaciones voluntarias, clubes de trueque, asambleas populares, piquetes, cacerolazos y manifestaciones multitudinarias? ¿Y cómo?

Sin duda incidir en lo público, mediante la protesta espontánea y el estallido expresivo del malestar y la bronca, dirigidos en primer lugar a la dirigencia política que es visualizada como la responsable de todos los males. La ilusión es tanto la de integración como la de desconexión y **ruptura**, incluyendo aquí las fantasías de cambios revolucionarios. Así, mientras cartoneros y piqueteros irrumpen en el espacio público y hacen visible la exclusión y la marginación en la que se encuentran, exigiendo ser integrados, los miembros del club del trueque se proponen generar circuitos de intercambio por fuera del sistema económico formal, las asambleas refundar la política por medio de la democracia directa, los cacerolazos derribar gobiernos bajo el lema "que se vayan todos" y las marchas por la inseguridad lograr respuestas inmediatas por parte de autoridades y legisladores.

Se ha sostenido que estas expresiones del retorno de la sociedad civil reconfiguran el tejido social, recuperan el sentido de la solidaridad y fortalecen la democracia, contribuyendo a la construcción del capital social.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> El índice de Transparencia Internacional publicado por Poder Ciudadano en 2002 ha sido de 2,8 en una escala de 1 a 10, el índice de 2003 es aún **más** bajo. Coinciden con estas cifras el Índice General de Confianza. los datos del *Informe* del Departamento de Reducción de la Pobreza y Gestión Económica, Departamento de Gestión de **País**: Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay, Región de Latinoamérica y El Caribe, Banco Mundial, de octubre de 2001 y del Informe sobre Desarrollo Humano en Argentina! PNUD, 2002.

<sup>12</sup> Aflora nuevamente en el debate la tesis de la excepcionalidad argentina y de sus paradojas: Argentina crisol de razas o país plural. Argentina solidaria y/o autoritaria, Argentina participativa y Argentina del 'no te **metás**' (alto porcentaje de afiliación política, de gran capacidad de movilización rápida e inmensa tanto como de grandes

Sin embargo, no hay que ceder a la presiones de los mitos históricos ni a las tentaciones politico-ideológicas. Una encuesta realizada por la Universidad de Belgrano en el 2003 revela que si bien la abrumadora mayoría de los argentinos valoran la democracia, un inquietante tercio de la población apoya liderazgos fuertes en la medida en que su gestión produzca resultados. Más aún, y a pesar del rol central que hoy tienen en la opinión pública la crítica a la corrupción y al clientelismo político, un tercio de la población está dispuesto a tolerarlos en pos de la eficacia.

Estos resultados coinciden con las encuestas realizadas por el PNUD Argentina. *Aportes para el Desarrollo Humano de la Argentina 2002*, que sostienen que el 62% de la población apoyaba la democracia en 2002 (la cifra ha subido en 2003), pero que dicho apoyo convive con una acentuada pérdida de confianza en las mediaciones públicas (47%), con un creciente descontento hacia los partidos políticos y, lo que es más grave aún con un alto porcentaje de ciudadanos que creen que los partidos políticos son innecesarios para su funcionamiento. Esta última cuestión se comprende si se tiene en cuenta que para los argentinos, e independientemente del sector social al que pertenecen, la democracia se caracteriza por la defensa de los derechos sociales antes que por la libertad de opinión y expresión, la igualdad ante la justicia y la ley, el respeto a los DDH e incluso el derecho a elecciones libres, limpias y competitivas. Sólo para un 29% hay democracia cuando se garantiza el voto y la libertad de expresión.

Resulta interesante señalar que los argentinos responsabilizan al Estado de su propia ignorancia respecto del conocimiento y efectivización de sus derechos y deberes. Dado que por un lado se sostiene que es el Estado (y en particular el Estado nacional) quien debe proveer a sus demandas y que, por el otro, éste hoy carece de autoridad y poder, no hay más remedio que reconocer que la sociedad argentina se encuentre atrapada en un círculo vicioso.

---

dificultades para peticionar a las autoridades, presionar a las instituciones y persistir en el reclamar de sus derechos).

11 Estos datos han sido corroborados por el reciente estudio *Democracia en América Latina del PNUD*, presentado el 20 de abril de 2004 en Perú: el 54.67% de los consultados en 18 países de la región preferiría un régimen autoritario si este garantizara una mejora económica.

La paradoja se profundiza al creerse que el cambio debe gestarse desde arriba y que los políticos tienen y no tienen poder y recursos para solucionar los problemas, perdiendo peso la idea de que la política está cercada por los imperativos del mercado. La crisis del país es, mayoritariamente, adjudicada a la corrupción y falta de ideas y capacidad de los políticos, siendo interesante señalar que sólo un 8% de la población culpabiliza a los EEUU y organismos como el FMI.

Asimismo, los argentinos se autoperceben como ciudadanos inmaduros para vivir en democracia (interpretación que es coherente con la ya bicentenario de que como pueblo joven aún no hemos tenido tiempo de desarrollar instituciones democráticas) y se muestran desinteresados en la participación política. Es interesante subrayar que mientras hay 8 millones de afiliados a los partidos políticos sólo el 3% participan en ellos.

Finalmente, la adhesión a la democracia está fuertemente relacionada con la confianza interpersonal, tal como lo demuestra el 69% que sostiene que la democracia es preferible a toda forma de gobierno y que puede confiar en sus semejantes, descendiendo el apoyo a la democracia al 50% si la desconfianza lo invade.

A partir de las anteriores investigaciones y encuestas, cuya orientación general corrobora los resultados provisionales de mi propia investigación sobre asociaciones voluntarias en la Argentina (solidaridad monológica, participación escasa, expectativas contradictorias respecto del Estado y otras organizaciones, carácter misional de la tarea voluntaria y/o asunción de la misma por *defáult*, ante la retirada del Estado), se vislumbra un panorama no muy propicio para la construcción del capital social en la Argentina.

No sólo la propia idea de democracia está confundida, lo cual permite comprender el escaso valor que los argentinos otorgan a la observancia de reglas, normas y leyes y a sus fundamentos tanto administrativos y políticos como ético-jurídicos, sino que se advierte que el patrimonialismo y el clientelismo perviven e incluso son legitimados aún cuando, según los dictados de lo políticamente correcto, se los critique. En este sentido, hay que admitir que las apelaciones éticas no dejan de constituir meros recursos expresivos.

Ante la retirada del Estado es frecuente escuchar que los voluntarios y participantes de las asociaciones voluntarias rechazan a la vez la intromisión del Estado en su tarea tanto como lamentan su falta de

intervención. Muchos creen, también, que su propia tarea voluntaria sería innecesaria si el Estado cumpliera con las funciones que le competen. Al respecto podría pensarse que muchos voluntarios asumen por *default* las tareas de ayuda social y provisión de bienestar, lo cual corrobora que buena parte de ellos se conforman con dar rienda suelta a su vocación por el altruismo y realizar su misión antes que abocarse a la construcción de lazos sociales de mutua reciprocidad y reconocimiento, bases de una vida democrática.

Razones similares podrían explicar, quizás, el fracaso de los clubes de trueque y de las asambleas populares. En relación a los primeros, por no haber podido trascender cierta ingenuidad en el ejercicio de sus prácticas comunitarias ni plantearse la construcción de formas racionales de confianza interpersonal. En cuanto a las segundas, si bien han sido consideradas como un rebrote solidario después de tantos años de individualismo y privatización de la vida, parecerían más bien ser el resultado de una agregación colectiva de intereses privados que, operando básicamente al nivel de la política expresiva ("que se vayan todos") revela su propia impotencia para la acción abusando de la retórica asambleística, del purismo ético y político de la democracia directa y del valor de la acción y de la participación *per se*, sin poder discriminar ni jerarquizar el qué ni para qué, pasando así de la ilusión de renovar la política a la poda de los árboles de la cuadra. En este sentido, fueron ocasión y escenario no sólo de la bronca justificada y de la legítima desesperación, sino del narcisismo de muchos en busca de protagonismo mediático, de las ilusiones de otros en pos de una renovada militancia o, simplemente, un lugar donde realizar un trabajo político, neutralizando a los potenciales insurgentes y, de ser posible, neutralizándolos.

En síntesis, la crisis de 2001 condujo a una multiplicación de protestas y estallidos sociales y a un aumento de la actividad de las organizaciones voluntarias a fin de contribuir a cubrir las crecientes necesidades. Si bien esta situación ha sido considerada por algunos protagonistas y analistas como una oportunidad histórica y un punto de inflexión para cambios y transformaciones sociales y políticos decisivos e

inclusive revolucionarios, es difícil sostener tales expectativas de atenemos a los resultados de las anteriores investigaciones."

Una vez más, hay que señalar que el indudable aumento de diversas formas de participación y la multiplicación de la ayuda solidaria no son elementos conclusivos para sostener su automática traducción en un aumento del respeto, de la confianza interpersonal y pública, y de una solidaridad orientada a que el otro desarrolle capacidades y habilidades para satisfacer sus intereses y realice su propia identidad, todas estas condiciones *sine qua non* para la construcción de capital social. En este sentido, si bien la formación de capital social va más allá de la participación espontánea, de la protesta expresiva, de la demanda de bienes y derechos y de la solidaridad movida por tan sólo por la vocación altruista ello no significa negar que todas o algunas de estas formas no hayan contribuido o puedan contribuir a su formación. Afirmando tan sólo que es necesario dar un paso más que, posiblemente, signifique inventar otro paso. Si el capital social no puede construirse a partir de la mera espontaneidad, de la bronca o de los gestos, tampoco puede construirse a partir de la inculcación de valores o de recursos sistémicos. Tanto las pretensiones de adoctrinamiento como las sistémicas chocan inevitablemente con las pretensiones de autonomía de una vida ética auténtica. La pretensión de organizar la sociedad civil por medio de recursos heterónomos (dinero y poder) y de reorganizar al sector mediante prácticas mercantiles y/o tecnoburocráticas en pos de la eficiencia estarán destinadas al fracaso en términos de construcción del capital social aún cuando triunfen en su colonización. El capital social no puede promoverse desde afuera ni desde arriba, ni mediante recursos expresivos, moralizantes o de ingeniería social, sino que requiere desarrollar capacidades de aprendizaje y creatividad social.<sup>15</sup>

En este sentido, hay que distinguir dos aspectos de la ética en la construcción del capital social: la ética como límite, en cuanto dique de

---

<sup>14</sup> En este sentido hay que señalar que ciertas conclusiones del informe del PNUD sobre la reformulación participativa de la democracia contradicen los resultados de las encuestas e investigaciones publicadas en el mismo informe. Sostener, por ejemplo, que las asambleas constituyen "un capital muy significativo porque abona una redefinición de la ciudadanía con la reconstrucción desde abajo, de firmes lazos sociales" (op. cit., apartado 17, p. 37) no pareciera constituir más que una expresión de descosco

<sup>15</sup> Cf. Florida (2002).

contención de los imperativos sistémicos y la ética como despliegue de los recursos y valores genuinos de la vida social. Para desarrollar ambos, pero fundamentalmente el segundo, se requiere pasar de un modelo monológico a un modelo intersubjetivo. en el cual ser solidario signifique comprometerse con el desarrollo de la identidad del otro y contribuir activamente a que realice su modelo de vida. Dar este paso requiere un cambio cultural que, como todos los cambios culturales, será lento y difícil. La participación solidaria y la generación de confianza requieren reconocer al otro en cuanto Otro y aprender a ser un otro para sí mismo. distanciarse de los propios valores y actitudes y someterse al juicio de los demás. Es por ello que los teóricos del capital social prefieren la formación de capital social en términos de uniones (*bridging*) y vínculos (*linking*) entre grupos diversos y heterogéneos que construyen formas generalizadas de reconocimiento antes que la formación del capital social que aglutina individuos semejantes y grupos homogéneos reforzando los lazos particularistas.

Finalmente la idea misma de capital social (cuyo aumento depende del uso) incluye la idea de compromiso cívico, apertura a la comunidad y participación responsable, activa y deliberativa en la toma de decisiones. Justamente lo que diferencia el capital social de las mafias y las democracias no son los resultados obtenidos sino el proceso mediante el cual dichos resultados se obtienen, constituyendo esta diferencia el valor agregado a la acción social en términos de orientación a la democratización de la vida social.

## **Referencias**

COHEN, Jean; ARATO, Andrew. 1992. *Civil society and political theory*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

ONATTI, Pierpaolo. 1999. *La ciudadanía societaria*. Granada: Universidad de Granada.

FLORIDA, Richard. 2002. *The rise of the creative class*. Mimeo.

OFFE, Claus. 1999. How can we trust our fellow citizens. In: WARREN, Mark E. (ed.) *Democracy & trust*. Cambridge, England: Cambridge University Press.

PHARR, Susan; PUTNAM, Robert (ed.). 2000. *Disaffected democracies: What's troubling the trilateral countries?* Princeton: PUP.

PNUD Argentina. 2002. *Aportes para el desarrollo humano de la Argentina*. Buenos Aires.

PUTNAM, Robert. 2000. *Bowling alone*. New York: Simon & Schuster.

\_\_\_\_\_ (ed.). 2002. *Democracies in flux*. New York: Oxford University Press.